

Mitch Albom

*Ten un poco
de fe*



Traducción:

MONTSE BATISTA



MAEVA

Título original:

Have a little faith

Diseño de cubierta:

OPALWORKS sobre concepto de © PHIL ROSE

Fotografía de Mitch Albom:

GLENN TRIEST

Fotografía de Rabbi Lewis:

THE LEWIS FAMILY

Fotografía de Henry Convington:

PATRICIA HERMANN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© MITCH ALBOM, 2009

© de la traducción: MONTSE BATISTA, 2009

© MAEVA EDICIONES, 2010

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 978-84-92695-22-5

Depósito legal: M-4.811-2010

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.


Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

*Al fin, un libro para mi padre, Ira Albom,
en quien siempre he creído*

NOTA DEL AUTOR

 Esta historia abarca un período de ocho años. Fue posible gracias a la cooperación de dos hombres excepcionales, Albert Lewis y Henry Covington –quienes compartieron conmigo sus memorias con todo detalle–, así como a la de sus familias, hijos y nietos, a los cuales el autor manifiesta su eterna gratitud. Todos los encuentros y conversaciones son acontecimientos reales, si bien, en interés de la narración, en algunas ocasiones se ha reducido la línea temporal, de manera que, por ejemplo, una conversación que tuviera lugar en octubre de un año puede que aparezca en noviembre del año siguiente.

Además, aunque éste es un libro que versa sobre la fe, el autor no puede afirmar ser un experto en religión, ni que esto sea un manual para una fe en concreto. Más bien se ha escrito con la esperanza de que todas las creencias puedan encontrar algo universal en lo que se cuenta.

La cubierta se inspira en el viejo devocionario de Albert Lewis, que se sujetaba con gomas elásticas.

Siguiendo con la tradición del diezmo, una décima parte de los beneficios del autor sobre cada ejemplar

vendido se donará a la beneficencia, incluyendo el templo, la sinagoga y los albergues para personas sin hogar que aparecen en la historia.

El autor quiere expresar su agradecimiento a los lectores de sus libros anteriores y dar la bienvenida a los nuevos con suma gratitud.

EN EL PRINCIPIO...

 En el principio hubo una pregunta:

–¿Harás mi discurso funerario?

–No te entiendo –dije.

–Mi discurso funerario –repitió el anciano–. Cuando muera.

Sus ojos parpadearon detrás de las gafas. Llevaba una barba gris muy bien recortada y estaba un poco encorvado.

–¿Te estás muriendo? –preguté.

–Todavía no –repuso con una amplia sonrisa.

–Entonces, ¿por qué...?

–Porque pienso que eres una buena elección. Y creo que, llegado el momento, sabrás qué decir.

Imagínate al hombre más piadoso que conozcas. Tu sacerdote. Tu pastor. Tu rabino. Tu imán. Ahora imagínatelo dándote palmaditas en el hombro y pidiéndote que lo despidas del mundo.

Imagínate al hombre que envía a la gente al cielo pidiéndote que seas tú quien lo haga para él.

–¿Y bien? –inquirió–. ¿Te sentirías cómodo haciéndolo?

En el principio hubo otra pregunta:

–¿Me salvarás, Jesucristo?

El hombre llevaba una escopeta. Se ocultaba detrás de unos contenedores de basura frente a una casa adosada de Brooklyn. Era de noche, ya tarde. Su esposa y su hija pequeña lloraban. Él observaba los automóviles que pasaban por su calle con la certeza de que los siguientes faros que viera serían los de sus asesinos.

—¿Me salvarás, Jesucristo? —preguntó, temblando—. Si prometo entregarme a Ti, ¿me salvarás esta noche?

Imagínate al hombre más piadoso que conozcas. Tu sacerdote. Tu pastor. Tu rabino. Tu imán. Ahora imagínatelo con la ropa sucia, empuñando una escopeta y suplicando por su salvación detrás de unos cubos de basura.

Imagínate al hombre que envía a la gente al cielo rogando para que no lo manden al infierno.

—Por favor, Señor —susurró—. Si te prometo...

Esta historia trata del hecho de creer en algo y de los dos hombres, muy distintos, que me enseñaron a hacerlo. Me costó mucho tiempo escribirla. Me llevó a iglesias y sinagogas, a los barrios periféricos y a la ciudad, al «nosotros» contra el «ellos» que divide la fe en todo el mundo.

Y, finalmente, me llevó a casa, a un templo abarrotado, a un ataúd de pino, a un púlpito vacío.

En el principio hubo una pregunta.

Ésta se convirtió en una última petición.

¿Harás mi discurso funerario?

Y, tal como suele ocurrir con la fe, creí que me estaban pidiendo un favor, cuando en realidad me estaban haciendo uno.

PRIMAVERA

VERANO

OTOÑO

INVIERNO



Estamos en 1965...

...Y mi padre me lleva al oficio religioso del sábado por la mañana.

–Tienes que ir –me dice.

Yo tengo siete años, soy demasiado pequeño para hacer la pregunta lógica: ¿por qué yo tenía que ir y él no? En cambio, hago lo que me dicen y entro en el templo, recorro un largo pasillo y tuerzo hacia el pequeño santuario donde se celebra el oficio infantil.

Llevo una camisa blanca de manga corta y corbata de clip. Empujo la puerta de madera para abrirla. Los niños más pequeños están en el suelo. Los de tercer curso bostezan. Las chicas de sexto llevan leotardos de algodón negro, se inclinan y susurran.

Tomo un devocionario. Los asientos del fondo están ocupados, de modo que elijo uno de los de delante. De pronto se abre la puerta y se hace el silencio en la habitación.

Entra el sacerdote.

Es alto como un gigante. Tiene el cabello oscuro y abundante. Luce unas vestiduras largas que se mueven como una sábana al viento cuando agita los brazos al hablar.

Nos cuenta una historia de la Biblia. Nos hace preguntas. Recorre el estrado a grandes zancadas. Se acerca a mi asiento. Noto que me ruborizo y me arden las mejillas. Le pido a Dios que me haga invisible. «Por favor, Dios, por favor.»

Es mi plegaria más ferviente del día.

MARZO

LA GRAN TRADICIÓN DE SALIR CORRIENDO

Adán se ocultó en el Jardín del Edén. Moisés huyó de Egipto para escapar de la ira del Faraón. Jonás se subió a una nave y se lo tragó una ballena.

Al hombre le gusta escapar de Dios. Es una tradición. Así pues, tal vez yo no hacía sino seguirla cuando, tan pronto como supe andar, empecé a huir de Albert Lewis. Él no era Dios, por supuesto, pero, a mis ojos, era lo que más se le parecía, un hombre santo, un clérigo, el gran jefe, el rabino principal. Mis padres se unieron a su congregación cuando yo era un bebé. Me sentaba en el regazo de mi madre mientras él pronunciaba sus sermones.

Sin embargo, en cuanto me di cuenta de quién era —un siervo de Dios—, hui. Si lo veía venir por el pasillo, echaba a correr. Si tenía que pasar junto a su estudio, corría. Incluso siendo adolescente, si lo veía acercarse, me escabullía. Era un hombre alto, de un metro ochenta y cinco, y yo me sentía muy pequeño en su presencia. Cuando me miraba a través de sus gafas de montura negra, tenía la seguridad de que podía ver todos mis pecados y defectos.

De modo que corría.

Corría hasta que me perdía de vista.

En ello pensaba mientras conducía hacia su casa, una mañana de primavera del año 2000, tras un temporal de lluvias. Unas semanas antes, Albert Lewis, que para entonces tenía ochenta y dos años, me había hecho esa extraña petición en un pasillo al término de una charla que yo había dado.

¿Harás mi discurso funerario?

Me detuve en seco. Nunca me lo habían pedido. Nadie... y mucho menos una autoridad religiosa. La gente pasaba a nuestro lado, pero él siguió sonriendo como si aquélla fuera la pregunta más normal del mundo, hasta que yo le solté algo sobre que necesitaba tiempo para pensármelo.

Al cabo de unos días, lo llamé.

Le dije que de acuerdo, que aceptaba su petición. Hablaría en su funeral, pero a condición de que me dejara conocerlo como persona para así poder hablar de él como tal. Calculaba que harían falta unos cuantos encuentros.

—Hecho —dijo.

Me dirigía a su calle.

Lo cierto es que, en aquellos momentos, lo único que sabía de Albert Lewis era lo mismo que cualquier integrante del público sabe de un actor: su expresión oral, su presencia escénica, el modo en que embelesa a la congregación con su voz autoritaria y sus brazos como aspas de molino. Antes habíamos estado más unidos, por supuesto. Me había enseñado de pequeño, y ofició en ceremonias familiares como la boda de mi hermana y el funeral de mi abuela. Sin embargo, la verdad es que llevaba

veinticinco años sin frecuentarlo. Además, ¿cuánto sabes de tu pastor? Lo escuchas. Lo respetas. Pero ¿qué sabes de él como hombre? El mío era distante como un rey. Nunca había comido en su casa. Nunca había tenido trato social con él. Si tenía defectos humanos, yo no los veía. ¿Hábitos personales? No le conocía ninguno.

Bueno, eso no es del todo cierto. Conocía uno. Sabía que le gustaba cantar. Todos los miembros de la congregación lo sabían. Durante sus sermones, cualquier frase podía convertirse en un aria. Durante las conversaciones, podía ponerse a cantar a grito pelado los sustantivos o los verbos. Aquel hombre era como su propio espectáculo de Broadway.

Durante sus últimos años de vida, si le preguntabas qué tal estaba, fruncía el ceño, alzaba el dedo como un director de orquesta y entonaba con voz suave:

El viejo rabino de cana cabellera,
ya no es lo que era,
ya no es lo que era...

Pisé el freno. ¿Qué estaba haciendo? Yo no era el hombre indicado para la tarea. Ya no era una persona religiosa. No vivía en este estado. El que hablaba en los funerales era él, no yo. ¿Quién hace el discurso funerario para el hombre que se dedica a hacerlos? Quise dar media vuelta, inventarme alguna excusa.

Al hombre le gusta escapar de Dios.

Pero yo fui en dirección contraria.